

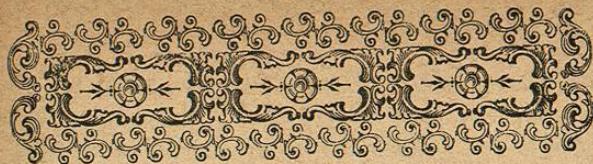
LIBRO CUARTO.

---

SU ENFERMEDAD,

MUERTE Y GLORIA PÓSTUMA.

---



## CAPÍTULO PRIMERO.

### SU ÚLTIMA ENFERMEDAD.

- I. Desganas de la vida.—Vagos presentimientos.—El arguyente laureado.—La calentura le rinde.
- II. Va de mal en peor.—Inflamación pulmonar.—Su paciencia.—Visita de un joven filósofo.
- III. Le notifican el Santo Viático.—Pide perdón por escrito.—Preparación.

#### I

**A**MOR, hambre del cielo y hastío de la tierra respiraban ya sus obras y palabras hacia la mitad del año 1621; gemidos eran de alma enamorada, que pedía alas de paloma para remontarse á las alturas y reposar junto al Amado<sup>1</sup>. A nadie parezca extraño. La debilidad y el cansancio iban apoderándose de su cuerpo, y le anunciaban vería presto atajados los designios de su vasto corazón. Así, al asomar el año 21, experimentó un cambio de ideas notable y extraordinario. En todos sus dichos, escritos y circunstancias se traslucían vislumbres de entrañables ansias, que le parecían á él correos de Dios que le convidaba á la patria del descanso. ¡Oh, si el Se-

<sup>1</sup> Ceparí, *Vita*, parte II, § xxxii.

ñor fuera servido de llamarme para sí, no sería yo quien pusiese estorbo á su llamamiento! Es verdad que si en mi mano estuviese me gustaría prepararme con algunos días de ejercicios; pero aun sin eso, me dejaría morir con grandísimo placer mío, si tal fuese el de Nuestro Señor <sup>1</sup>. Con estos alientos andaba fuera de sí, como quien pisando apenas la tierra, tenía realmente puesto el corazón en los cielos. Como el viajero que se ve muy cercano á la patria, Berchmans, con los céfiros que le daban ya de aquella celeste Jerusalén, no cabía en sí de gozo, caminaba con más presteza, acrecentaba nuevos actos, despedía más vivos ardores y apretaba el paso con ejercicios de excelentísimas virtudes.

Ya los rectores de la provincia romana, dice el P. Grassi, andaban en competencia para tenerle cada cual de maestro en su colegio; ya su Padre provincial de Flandes hacía instancias por disponer de él en su provincia; y no sabían ellos dónde le quería Dios, que se daba prisa á sacarle de este destierro y á llevarsele á la gloria de los bienaventurados <sup>2</sup>. De esta disposición del Altísimo comenzaron pronto á tenerse conjeturas. El P. Estrada, célebre historiador latino de las *Guerras de Flandes*, salió un día de casa llevándole de compañero, y entablada conversación sobre la muerte dichosa de los que viven en Religión, Yo suplico á Dios, exclamó el Padre, que muera mi alma con la muerte de estos santos; al cual luego respondió el Hermano: Padre mío, digamos mejor: Vivat anima mea vita justorum, para que podamos decir con verdad: moriatur

<sup>1</sup> Proc. rom., paginas 541-560.

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 560.

anima mea morte justorum. Estas palabras, añade el P. Estrada, pronunciadas en tono de autoridad y firmeza, muy fuera de costumbre en él, me hicieron entrar en reflexión y me dieron á conocer que debía yo aspirar al trabajo para merecer el descanso <sup>1</sup>.

Los barruntos tomaron viso de claros indicios el día de San Ignacio. A la noche, según costumbre, se repartieron los santos de mes. Tocóle San Zeferino, Papa y mártir, con esta sentencia: *Videte, vigilate et orate: nescitis enim quando tempus sit*. Para quien no andaba tras otra cosa, fué esto ver el cielo abierto, y saltando de placer voló luego al P. Piccolomini á darle parte del gozo que le causaba el aviso de lo alto. Holgóse el Padre con la nueva, y dióle mil parabienes; pero él, que en todo hallaba motivos para renovar los aceros, sirvióse de este presentimiento como de espuela para apresurar todavía más el paso en la práctica de las virtudes <sup>2</sup>.

El día 5 de Agosto sintióse por la mañana indispuerto. Era la indisposición liviana, y no tal que le impidiese ir á la granja con los demás estudiantes. *Entremos de camino en Santa María á ver la función de las Nieves*, le dice el compañero; pero él esquivó la entrada pareciéndole mejor en un religioso huir del bullicio y concurrencia de mujeres que solían llenar el templo en semejante día <sup>3</sup>. Pasó en Frascati la tarde muy gustosamente, por haberse allí encontrado con un Padre del Jesús, el P. Octavio Lorenzini, con quien se sentó á departir largamente sobre cosas de la Compañía y de sus varones ilustres: con el calor de la con-

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 539.

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 238.

<sup>3</sup> *Vita*, parte III, § I.

versación parece se le mitigó el mal que le aquejaba <sup>1</sup>.

El día siguiente, que era viernes (6), el P. Esteban Búfalo, Prefecto de estudios del Colegio Romano, le envió al de los griegos para argumentar en unas públicas conclusiones de filosofía. No le pareció á nuestro estudiante que la novedad de su malestar fuera razón bastante para dejar de obedecer: y vase allá. Entra en el general; lo primero que se le ofrece es una mortificación imprevista, y fué que un doctor de la facultad había avisado á última hora que le era imposible concurrir á la solemnidad del acto, y que podían señalar argumentante en su lugar. Ofreciéronle á Juan el asiento del doctor, y después de dar y tomar, hubo por fin de venir en lo que la urbanidad pedía, aceptando, no solamente uno de los primeros puestos, sino, lo que era más mortificativo aún para su humildad, el primer lugar entre los arguyentes.

Rompe nuestro filósofo el fuego con argumentación reforzada. Bien luego se asombraron los presentes de cómo á los dos silogismos se pone de pies en la dificultad: y crece más el asombro cuando ven que aprieta el argumento con fuerza y rebate con maña las distinciones, sin una palabra más alta que otra, llevando adelante la objeción con tanta abundancia, claridad y precisión de razones, que maravillados no menos de su doctrina que de la dignidad y modestia de sus maneras, le conceden de buen grado la palabra por espacio de una hora entera, cosa en aquel Colegio fuera de toda costumbre. Pero la fatiga de la preparación, el ardor del debate, el cansancio del camino, y los grandes calores de la estación vinieron á agravar el mal

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 395.

de la víspera, y provocaron tan recia calentura, que no le dejó dormir sueño en toda aquella noche.

Pasadero le pareció el accidente. Pero no cedió la fiebre en toda la mañana del 7, y le venían á menos las fuerzas; creyó, pues, á la tarde, deber suyo presentarse, como previene la regla, al Padre Rector: el cual, averiguado el origen y progresos del mal, viéndole el rostro encendido, le remitió al enfermero, quien tomado el pulso le mandó echarse vestido sobre la cama. Tres horas después (5,45) entró á verle el P. Cepari; y sabedor de que la calentura había declinado, le hizo desnudarse y acostarse <sup>1</sup>. Poco tardó el P. Piccolómini en saber nuevas de lo ocurrido: fué, y saludóle Juan alegremente con la máxima del santo de mes, *videte, vigilate et orate*, añadiendo tenía para sí que era aquella su hora. No es para omitida la circunstancia de haber sido sábado el día en que cayó en cama, y sábado también el día en que le había sido dado el feliz anuncio; puesto que reparando en ello se le despertaron al P. Cepari y á otros varios Padres confusas conjeturas de si la Virgen tendría trazado llevarse consigo á su ángel á solemnizar su triunfante Asunción.

## II

**E**L domingo 8, en amaneciendo (3,45) recibió el Santísimo Sacramento con extraordinarias señales de consuelo: hubiérale sentido mayor si le hubiesen dejado comulgar postrado en tierra, como lo pidió por favor; pero á la prudencia del

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 511.

Hermano enfermero pareció deberle solamente conceder que se arrodillase en la cama. Vióle después el médico, y le halló el pulso bastante sentado á pesar de no haber podido dormir en toda la noche <sup>1</sup>. Así pasó aquel día hablando de Dios á los que le visitaban. Cerró la noche con nuevo recargo, que no le dejó punto de reposo <sup>2</sup>. A la mañana recetóle el doctor Filandro una poción, no sin serios temores considerando la mala noche pasada.

Malísimo estuvo aquel lunes (9): á la misma hora de noche le asaltó la fiebre con más porfiada accesión. Confiando hallarse mejor la mañana siguiente, propuso al Hermano enfermero, si siendo día de San Lorenzo podía comulgar. Dióle á entender el Hermano Ballerati que no era costumbre administrar comunión á los enfermos sino los domingos, pero que si tenía gusto en ello, se lo pediría al P. Rector. Dióle las gracias, añadiendo que no había para qué guardar con sus deseos tales respetos, pues no quería se hiciese con él sino lo que con otros se solía. Otra cosa le suplicó al enfermero, procurase tener ventilado el aposento durante su enfermedad, sin reparar en causarle aflicción, porque mayor lo sería para él incomodar con el mal olor á los que entrasen á verle. Tenía esta precaución el santo enfermo, porque sobre ser extremadamente amigo del aseo y limpieza, las frecuentes evacuaciones producidas por el estado catártico en el curso de su enfermedad, eran causa inevitable de inficionarse la atmósfera de su habitación, y prefería él, á costa de cualquier sacrificio, excusar á los demás la molestia de respirar aire viciado.

Entrada la noche llegó á descubrir el facultati-

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 511.

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 512.

vo síntomas de inflamación pulmonar, dado que no los tuvo por caso de gravedad; pero por la mañana (10) dióle cuidado la gran postración de fuerzas causada por la continuación de la diarrea, á pesar de que le iban dando cordial á cada cuatro horas. No por eso le faltaban dulces y blandas palabras para los que se le acercaban, y más si le prestaban algún servicio. Aquí no es razón guardar silencio el enfermero H. Ballerati, quien explica su admiración en esta forma: *Yo no sabia en verdad si me las habla con un hombre ó con un ángel. Todo cuanto le presentaba ó proponia, lo tomaba él en seguida sin melindre ni asco. No tenia boca para pedir, ni gusto sino para hacer el mio en todo. Muchas veces le oí decir que los Superiores andaban demasiado desvelados en su enfermedad, y sentia mucho se hicieran en ella tantos gastos de medicinas, pues no era su vida y salud tan preciosa como eso. También oí al médico más de una vez exclamar: yo no puedo verle ni oírle sin representarme al Beato Luis <sup>1</sup>.*

De grande consuelo le fué la visita que le hizo Nicolás Grodzinski, jóven filósofo de primer año, y muy digna es de memoria por los rasgos de admirable sencillez que encierra. *Hablamos, dice, del Beato Estanislao y de la Virgen. Entre otras cosas le dije: ¿Quién sabe si ahora se nos muere mi hermano y sigue el ejemplo del Beato Estanislao, que por estos días se metió en cama? Aquí le conté algunos pasos de su vida, de su devoción á la Virgen Santísima, de su muerte, y en particular cómo antes de morir hizo que le acostasen en el suelo. A esto me respondió: Puede bien ser que yo me muera, porque me lo avisa*

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 514.

la máxima del mes. Después hablamos de varios géneros de muertes, y cuál le gustaría más, la del Beato Estanislao que fué tan dulce, ó la del Venerable P. Campiano que acabó con el martirio por Cristo, ó la de San Lorenzo que ayer celebramos. Entendí que le agradaría el segundo modo de morir por la mayor semejanza con Cristo; y diciéndole yo que los ardores de la calentura que padecía podía tomarlos por las brasas de San Lorenzo, respondió que por ese respeto las sufría y deseaba padecer grandemente. Hablamos también de la caridad usada con los enfermos en la Compañía: y cuando yo le manifesté quería pedir al padre Rector licencia para pasar en la enfermería una hora cada día, me respondió él: yo el tiempo que estuve arriba nunca quise pedirlo, porque parece contra el Instituto; y luego los unos se mezclarian con los otros, y eso no les agrada á los Superiores, á no ser alguna que otra vez.

Luego tratamos de la Virgen, y me manifestó cuán maravillosas son las gracias que Dios concede á la Compañía por su intercesión, y que había principiado él un opúsculo y deseaba publicarle si vivía, en que llevaba recogidos muchos favores verdaderamente maternales de esta Señora, y quiso enseñármelo y juntamente otros escritos suyos, y el modo de apuntar lecturas. Díjome también que había leído todo el primer tomo del P. Alvarez de Paz, con mucha paciencia, como él añadía. De aquí vinimos á discurrir sobre la manera de pasar la recreación, y me aconsejaba leyese y refiriese las hazañas de la Compañía, si quería mantener é introducir conversaciones espirituales con facilidad; y decía que no había punto de estos que

no pudiese él ilustrar con ejemplos de la Compañía. Al fin me ofrecí á visitarle cada día, y caso de no alcanzar yo licencia, que se la pidiese él al padre Rector: pero no merecí tanta merced. Finalmente hicimos este pacto, que el que muriese de los dos primero, rogaría por el otro; y si sobrevivía, quería pedir al Padre Rector permiso para hacer juntamente con el Hermano Blas una romería á Loreto, y que cada día por toda la vida mutuamente nos encomendáramos á Dios en nuestras oraciones. Lo prometió; y diciéndole yo: Hermano Juan, tal vez no nos veremos más, "nos veremos," repuso dos ó tres veces otorgando con la cabeza. Nada más me dijo aquel día. Después que hubo comulgado, me llamó para darme el abrazo y me encargó rogase por él <sup>1</sup>. El acrecentamiento del mal estorbó al hermano Nicolás la repetición de esta sabrosa visita.

Tales eran y tan santos los entretenimientos del enfermo, que más lo estaba de amor divino que de dolencia natural. Consistían en deshacerse de gozo y alegría, en serenar con su vista los corazones, en esforzar á los flacos, en dar dulcísimos consejos, en pregonar desde la cama, cual si fuera púlpito, la imitación de Jesús, la devoción á María y la observancia de las reglas: y todos, enmudecidos de pasmo y sentimiento, aun los Padres más graves, le consideraban lleno de luz y parecían delante de él niños y necesitados de consejo.

<sup>1</sup> Proc rom., pág. 416.

## III

Muy despierta andaba la solitud del P. Rector Cepari, ya llevado de su espíritu de caridad, ya sabiendo que corrían por Roma en aquella sazón pulmonías y enfermedades epidémicas. *Mucho me temo que no le perdamos*, decía al Hermano Luis Espínola con muestras de sentimiento. Entre dos luces pasó á verle: de esta coyuntura se valieron muchos Hermanos para satisfacer los deseos de oírle hablar. Con agrado saludaba á los que entraban: enternecíalos y dábales contentamiento ver con qué afición pintaba los goces del cielo, cual si ya sintiese los aires de aquella patria. Decíanle que mucha tarea le quedaba todavía en este mundo, y no pocos trabajos y padecimientos á gloria de Dios. *Cierto que sí*, respondía; *y eso me recuerda lo que me dijo en el noviciado el P. Costers, asegurándome que debía yo reducir al gremio de la fe muchas almas... pero yo presumo que quería decir allá desde el cielo*<sup>1</sup>.

Salieron los Padres y acordaron con el P. Rector, que si el enfermo no sentía alivio notable durante la noche, se le administrase el Santo Viático en apuntando la aurora. Retiráronse todos menos el P. Rector, que con ánimo de prepararle y sondearle se le arrimó y le dijo: *Hermano Juan, parece que vamos peor. — Así, Padre, me parece también á mi*. Prosiguió el Padre: *Y si su divina Majestad fuese servido disponer de su*

1 Proc. rom, pág. 378.

*vida, ¿tendría mi Hermano algo que le diese pena? — No, Padre, no: una sola cosa podría darme alguna pena; y es pensar que se habian de entibiar con el tiempo las buenas relaciones entre nuestra provincia y la romana. Porque al ver los Padres de Flandes que en pocos años se les han muerto ya dos, tal vez no se atrevan á enviar más, y el vínculo de la caridad padecería algún menoscabo. Yo, por mi parte, estoy totalmente en manos de Nuestro Señor: bien que no puedo negar, que mis ansias son más de partirme que de quedar. Oía el P. Rector esta gallardía de sentimientos admirado cuanto enternecido; y como si presintiera lo que más temía, sin decir más se apartó con el corazón abatido, encargando al enfermero que si no podía estar siempre á su lado, pusiera otro que le guardase.*

Entró el enfermero á tiempo que estaba en dulces coloquios con Jesucristo, y pronto advirtió que la voz se le iba apagando. Tomóle el pulso, y le tenía por extremo débil. Al verle así dijo: *Hermano Juan, ¿no le ha dejado nada dicho el Padre Rector para mañana? — No; nada, Hermano*, respondió. — *¿No le gustaría recibir á nuestro Señor mañana tempranito? — ¿El Viático? ¿eh, Hermano? — Sí, porque veo que no hay mucho que fiar.*—Al oír estas palabras, como si el gozo le diese nuevas fuerzas, vertiendo por aquellos ojos luces de regocijo se incorporó, echóle los brazos al cuello, así le tuvo un rato apretado contra su pecho, pagándole con agradecidas palabras aquella sabrosa noticia. El Hermano, enternecido, no hacía más que llorar. — *¿Qué es esto? Hermano Ballerati, ¿lágrimas por eso? Albricias debiera cantar conmigo y darme mil plácemes: ¿qué nueva podía traerme más alegre que*

esa? *Alárgueme el crucifijo.*—Diósele el Hermano, y besándole y recreándose con él, decíale con dulzura y regalo: *Señor mío, Vos sois mi único bien; Vos sois mi sola esperanza, he aquí todo cuanto he poseído, y cuanto me queda en este instante. No me desamparéis ¡oh Jesús mío!, salvador de mi alma.*—Viéndole tan puesto en Dios, le suplicó el enfermero que en el cielo se acordase de él: *Si, Hermano; si haré.*—Pero temeroso el Hermano Ballerati, de que los muchos extremos que hacía su espíritu no le fatigasen demasiado, se lo hizo presente; y él contestó: *Yo le certifico que no hay cosa que dé tanto alivio á mi alma como estos coloquios con nuestro Señor* <sup>1</sup>.

Sería la una cuando rogó al Hermano enfermero tomase la pluma y le pusiese las líneas que le iba á dictar. Prevenido recado de escribir, apuntó Berchmans lo siguiente: *Pido perdón al muy amado P. General; y me pesa de haber sido tan ruin hijo de la Compañía de Jesús. Doy gracias á mi dulcísima madre la Compañía por los singulares beneficios que me ha dispensado siendo yo del todo indignísimo. Gracias al Padre Rector, y á mis catedráticos los PP. Francisco Piccolomini, Tarquino Galluzzi, Horacio Grassi, por los cuidados que con tanta caridad han pasado por mí. Gracias al P. Ministro, y á los Hermanos enfermeros por la afabilidad y esmero que conmigo han usado. Gracias á todos los que en mi enfermedad se han dignado visitarme. Es mi deseo recibir el Santo Viático sobre el colchón tendido por tierra, y que los Hermanos colegiales nuevos se hallen presentes ó de cerca ó de lejos á mi postrera comunión. Y no*

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 515.

*siendo posible abrazar por mi persona á mis queridos Padres y Hermanos, ruego al P. Rector señale uno que se sirva hacerlo en mi nombre, y dé á todos, según se usa en la Compañía, el último abrazo de despedida. Finalmente, pido la gracia de morir con la sotana de la Compañía* <sup>1</sup>.

Dijo: y encargó al Hermano entregase el papel al P. Rector al rayar el día, y entretanto le lavase los pies para recibir la Extremaunción con más reverencia. Hecho esto, se ocupó en actos de devoción; y serían cerca de las tres (2,45) cuando preguntó por el P. Rector. Entró en el acto: le propuso el devoto enfermo si le parecía bien hacer confesión general del tiempo que había estado en la Compañía. Aquí dice el P. Cepari: *Yo que tenía tan conocida la pureza angelical de aquella alma, y el cuidado que ponía en huir aun la sombra de imperfecciones, le respondi que no era menester; y con mi respuesta quedé sosegado.* Hizo, pues, la confesión como de ordinario, y según la licencia que tenía dada por escrito á sus confesores se redujo á esta substancia: *Me acuso de haber orado alguna vez con tibieza y con ánimo distraído y prometo enmienda; que no he agradecido á Dios como debía los beneficios recibidos; que no he excitado en mi corazón ardientes deseos de padecer por Cristo* <sup>2</sup>.

Hecha la confesión, entró el enfermero, y puso en las manos del Padre el escrito. *Si, sí; todo se hará como mi Hermano pide: no le dé pena,* dijo el Padre en leyendo. Dió en seguida orden que los colegiales bajaran á la iglesia así que se

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 557.

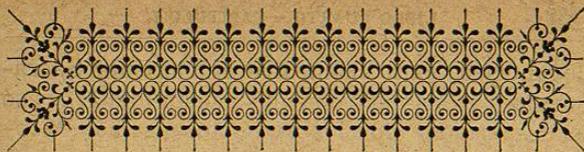
<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 564.

levantasen, para acompañar el Santísimo Sacramento <sup>1</sup>. A las cuatro menos cuarto (día 11) pasó el despertador por los aposentos á saludar á todos con la luz del nuevo día, como de costumbre, y de camino participóles la administración del Santo Viático. A la noticia, unos rompieron en ayes de dolor, otros derramaban suspiros y lágrimas, otros dieron muestras de sentimiento, y atribuían á castigo de Dios la pérdida de aquel ángel, en otros el decaimiento y tristeza pregonaba con lengua muda cuánta afición y amor le habían cobrado. Mucha prisa se dió el P. Alápide por volar á la enfermería. Acercóse, y le preguntó, si tenía algo que le causase congoja. *Nada, Padre, absolutamente nada*, respondió con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios <sup>2</sup>. No menos solícito había andado Luis Espínola por hablarle. Vióle entrar el enfermo y le saludó con alborozo: *Buenos días, Hermano Luis, buenos días, vámonos al cielo (salve, mi frater, imus ad coelum)*. El pobre Hermano con tan inesperado saludo se quedó cortado, y como si se le hubiera puesto un nudo en la garganta, sin saber qué decir salió regando el suelo con lágrimas la escalera abajo hasta la sacristía, donde estaban ya reuniéndose los demás para la procesión del Viático <sup>3</sup>.

1 Proc. rom., pág. 379.

2 Proc. rom., pág. 484.

3 Proc. rom., pág. 386.



## CAPÍTULO II.

### VIÁTICO Y EXTREMAUNCIÓN.

- I. Recibe los últimos Sacramentos.—Declara su inculpable inocencia.—Los abrazos.—Visita del P. General.
- II. Un voto condicional.—Toma las armas.—Predice su muerte.
- III. Concurso de visitas.—Encargos y avisos.—Anuncio de su hora postrera.

#### I

**M**IENTRAS iba subiendo la Comunidad, los enfermeros le vistieron la sotana, extendieron en el suelo el colchón, le bajaron en brazos con tiento y le computaron en este humilde lecho. Antes de llegar el Santísimo Sacramento estaba la estancia llena de otros Padres y Hermanos que se habían dado más prisa. Oíanle exclamar: *Ne me deseras, ne me fallas, Maria, filius enim tuus sum, tu scis quia juravi*<sup>1</sup>. Estaba el enfermo echado sobre el colchón, profundamente recogido, juntas las manos y sin movimiento, cuando entró la procesión del Viático en punto de las cuatro. Mas así que se le acercó el P. Rector con el sagrado copón, á pesar de tener consumidas las fuerzas del cuerpo y estar sin poderse valer, con gran ligereza se levantó, se

1 Proc. rom., pág. 386.